



AMOR, Y AMOR PROPIO.

Comedia en un acto, arreglada del francés por los Sres. García Gonzalez y Lalama, para representarse en Madrid, el año de 1857.

PERSONAS.

DON EDUARDO ZAMORA.
 DON CALISTO.
 ENRIQUETA.
 DOLORES, doncella de Enriqueta.
 UN CRIADO.

La escena en nuestros días, en Aranjuez.

Salon amueblado ricamente. Al fondo una puerta grande; puertas laterales. A la derecha una ventana; piano, velador, sofá, etc. etc.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUETA, después DOLORES. Enriqueta está sentada, borbando en una tapicería; viste sencillamente; después de un momento, toca una campanilla, y aparece Dolores.

ENR. Dolores?

DOL. Señora? (llevándole algunos periódicos.)

ENR. Han llegado los diarios?

DOL. Sí, señora, aquí están. Y no son pocos! (leyendo los títulos á medida que los pone al lado de Enriqueta.) El correo de la Moda, La Epoca, El Museo de las familias, La Ilustración... Estoy segura, que usted sola, recibe mas periódicos, que cuantos concurren al sitio de Aranjuez.

ENR. No es extraño; tambien yo me fastidio, mas que cuantos están en él.

DOL. Ah! es que, aunque las suscripciones de la señora sean tantas, ha descuidado sin embargo suscribirse á la mas esencial.

ENR. A cual?

DOL. Al casamiento, señora.

ENR. Ah! Es tan difícil casarse á gusto!

DOL. La señora tiene, sin embargo, donde escoger, entre tantos como suspiran por ella.

ENR. Es verdad... pero entre todos, no he encontrado un marido de mi agrado, y estoy decidida á seguir viuda, hasta que se presente.

DOL. Lo malo será que tarde mucho.

ENR. Me parece que á mi edad, bien se puede esperar. Cuando mi tío, mi único pariente, me casó con él, seducido por el nombre y la fortuna del general Ruiz, apenas tenía yo diez y seis años. Así es, que por bue-

no que para mi fuese mi marido, no tardé en comprender todo lo que puede sufrir una jóven casada con un hombre á quien no puede querer, sino como á un amigo.

DOL. Con todo, se dice que su marido de usted era un bravo militar.

ENR. (tristemente.) Un bravo militar, sí, pero un marido muy feo. Oh! la experiencia del pasado me servirá de hoy mas para no sufrir otra influencia que la de mi corazón.

DOL. Sin duda... y esto que yo digo, es por interés á mi señora... Es tan triste vivir sola!

ENR. (suspirando.) Oh! sí!

DOL. No sé por qué han dado en hablar mal de los hombres; yo de mí sé decir, que muchas veces son necesarios. Hoy, por ejemplo, si la señora estuviese casada, podría viajar...

ENR. Y vivir en Madrid, mientras que ahora, estoy condenada por las conveniencias, á morir de fastidio en Aranjuez, siendo el blanco de las necesidades importunas de una multitud de pretendientes, á cual mas ridiculos, que me abruman con sus quejas y sus declaraciones.

DOL. A creerlos, cualquiera diria que la señora no tiene corazón. Se me figura que el mas enamorado de todos es don Calisto.

ENR. Qué cosa tan linda seria oírse llamar la señora de don Calisto!

DOL. Y qué feo es! Luego, con aquellos pelos tan largos y tan enredados! Su cabeza parece un bosque! Y qué orgulloso está el buen hombre con su cabellera!

ENR. No me hables de él, no pueda sufrirlo.

UN CRIADO. (entrando.) El señor don Calisto pregunta si la señora está visible.

DOL. Bueno! En nombrando al ruin de Roma...

ENR. Qué hago?

DOL. Si le incomoda á usted, señora, no le reciba.

ENR. Sí, pero es capaz de volver diez veces al día. Mas vale deshacernos de él de una vez. (al criado.) Que entre. (vase el criado.)

DOL. Usted es demasiado buena, señora... Si fuese yo...

ENR. No me dejes.

DOL. No tenga usted cuidado.

ESCENA II.

Dichos, y DON CALISTO que entra introducido por el Criado. Vase este.

CAL. (muy grueso, cabellera voluminosa y encrespada.)
Se puede entrar?

DOL. Me parece que está usted dentro.

CAL. No incómodo, es verdad?

DOL. (sin que Enriqueta la oiga.) Ese es otro cantar.

CAL. Qué?..

DOL. Nada... que aquí tiene usted una silla.

CAL. Ah! gracias. (á Enriqueta que borda.) Me permite usted que me siente?

ENR. Si señor.

CAL. (dudando.) Es que sentiria...

ENR. Siéntese usted.

CAL. (continuando.) Abusar...

DOL. (Qué chinche!)

CAL. (id.) De su...

DOL. Siéntese usted. (lo coge por los hombros, sin que lo vea Enriqueta, que sigue bordando, y lo hace sentar vivamente.)

CAL. (sorprendido.) Ay!

ENR. Que es eso?

CAL. Nada, señora. (Esta criada tiene unos modales...)

DOL. (ap., señalando á la cabeza de don Calisto.) Vaya unos pelos! Se parece á la cabeza de Medusa.

CAL. (Estoy deseando que se vaya... No quiero hablar delante de ella.)

ENR. (bordando.) Hay algo de nuevo, don Calisto?

CAL. (con aflicción.) Si señora, hay novedades.

ENR. Cuáles?

CAL. Ah! señora!

ENR. Esplíquese usted.

CAL. (consternado.) Las fresas y las habas se han helado completamente; toda la cosecha se ha echado á perder.

ENR. (Vaya una conversacion divertida!)

DOL. (Y se atreve este hombre á enamorar á mi señora!)

CAL. Figúrese usted, habiéndose perdido las habas, qué van á comer los campesinos?

ENR. (con impaciencia.) Suplico á usted que hable de otra cosa... Qué me importa á mi?..

CAL. Bien, señora. (Y esta chica que no quiere irse...)
(alto, despues de un silencio.) El ganado está á un precio muy alto.

ENR. (Ahora le toca á los bueyes.)

CAL. No es extraño, porque el heno y el maiz están muy caros este año.

DOL. (vivamente.) Usted debe haberlo sentido, no es verdad?

CAL. Sin duda, porque...

ENR. (levantándose, é interrumpiéndole.) Don Calisto, hágame usted el favor de hablar de otro asunto...

CAL. Ah! señora, no deseo otra cosa, pero...

ENR. Puede usted hablar delante de Dolores.

CAL. Hubiese preferido...

ENR. Caballero!

CAL. Sea! (muy alto.) Señora!

ENR. Caballero!..

CAL. Usted reúne la gracia, el talento, la belleza...

ENR. Me lo ha dicho usted doscientas veces.

CAL. Usted es bella, espiritual, elegante...

DOL. Y es por eso por lo que usted quiere á mi señora?

CAL. Ciertamente.

DOL. Pues no deja usted de hacer un gran sacrificio!
Ja, ja, ja; y mi señora debe estarle agradecida...

CAL. La amo con todas las fuerzas de mi alma... la amo como es imposible amar... la amo, en fin, como un estúpido.

DOL. (á media voz.) Como la que eres.

CAL. Eh?

DOL. Nada, nada.

CAL. (Esta criada es imbécil!) No duermo, no como, no bebo, y vengo á decir á usted: «señora, devuélvame usted el sueño, devuélvame usted la sed y el apetito. (Creo que me esplico.)

ENR. Señor don Calisto?

CAL. Señora mia?

ENR. Usted puede comer, beber y dormir todo lo que guste; pero hágame el favor de no hablarme mas de su amor.

CAL. Qué inhumanidad, señora! (con tono compungido.)

ENR. Todavía?

CAL. Sin duda, usted fosforiza á todo el mundo!

ENR. Dolores, un vaso de agua para el fuego de don Calisto.

CAL. Riase usted, señora, riase usted, pero no por eso es menos cierto lo que digo; todos suspiran por usted, y yo suspiro mas que todos juntos. Asi, mientras usted no elija, estaré en mi derecho llamándola inhumana.

DOL. Si me encontrase en el lugar de la señora...

EL CRIADO. (entrando.) El señor don Eduardo Zamora pregunta si la señora está visible.

CAL. Don Eduardo!

ENR. El sobrino de la señora de Alvarado?

CAL. Lo conozco mucho; hemos cursado en un mismo colegio; vive en Madrid.

DOL. (bajo á Enriqueta.) Señora, será acaso un marido que nos llega?

ENR. (bajo á Dolores.) Quiéres callarte? (ap., examinando su vestido.) No puedo recibirle así... (alto.) Señor don Calisto, hágame usted el favor de hacerle compañía por unos instantes.

CAL. Con mucho gusto, señora.

ENR. (al criado.) Que pase adelante. (vase Enriqueta por la izquierda; Dolores la acompaña.)

ESCENA III.

DON CALISTO, despues EDUARDO.

CAL. (solo.) Vaya! Eduardo! Un antiguo amigo!

CRIADO. (introduciendo á Eduardo.) La señora suplica á usted que la espere un momento.

EDU. Muy bien. (vase el criado. Saludando á Don Calisto.) Caballero...

CAL. (No me ha conocido!)

EDU. (Diablo! Vaya una cabellera!)

CAL. Querido Eduardo! (movimiento de Eduardo.) No reconoces á tu amigo!

EDU. (sin reconocerlo.) Caballero...

CAL. Calisto!

EDU. Calisto?

CAL. Si, soy Calisto.

EDU. Usted... es Calisto?

CAL. No te acuerdas, hombre?... En el colegio de San Anton?..

EDU. Ah! usted es el que llevó tres calabazas seguidas?

CAL. El mismo. (con satisfaccion.)

EDU. Que despues estuvo estudiando el cuarto de leyes durante siete años?

CAL. Justo. (muy alegre.)

EDU. Querido Calisto! (le estrecha la mano.)

CAL. (tomándole la otra.) Eduardo!

EDU. Cómo es... Ah! ya! Pero yo te tomaba por otro Absalon... Qué diablos de peinado te dejas?

CAL. No es verdad? Es la mejor cabellera de todo el pueblo!

EDU. Si, ciertamente. (*sonriendo.*)

CAL. Qué contento estoy de volver á verte!

EDU. Y yo tambien. Aun no he olvidado que en nuestras riñas, tú siempre tenabas mi defensa.

CAL. Y qué te haces desde que no nos hemos visto?

EDU. Vivo en Madrid, y gracias á mi posicion, llevo una vida bastante pasadera. He cultivado las artes, la música, la pintura, las aventuras amorosas... qué sé yo? En fin, no he empleado muy mal mi tiempo. Y tú?

CAL. Yo tampoco.

EDU. Y... qué has hecho?

CAL. Nada.

EDU. (*sonriendo.*) Pobre Calisto!

CAL. Pero cómo te encuentras aquí?

EDU. Te diré. Una de mis tias, la de Alvarado, que está en este momento en San Sebastian, me ha mandado que venga á esperarla aquí, á casa de la viuda del general Ruiz, parienta suya. Segun parece, se trata de un casamiento que esa buena tia, al irse á los baños, ha arreglado para mi en estas cercanias. Por lo demás, ya tengo treinta años, y es tiempo de tomar un partido; y si la chieca me conviene...

CAL. (*suspirando*) Ah!

EDU. Por qué suspiras?

CAL. Al hablar de casamiento, acabas de abrir mi herida.

EDU. Tu herida! Eres casado?

CAL. Pluguiese á Dios que lo fuera!

EDU. Como?

CAL. Porque la viuda del general Ruiz no quiere ser mi muger.

EDU. No nos entendemos. (*cambiando de tono.*) Tan encantadora es esa muger?

CAL. Que si es seductora? Figúrate el conjunto de la gracia, el talento y la belleza...

EDU. De veras?

CAL. Casada á los 16 años con un viejo general, ha quedado viuda hace tres, y aun no llega á los 20. Su fortuna esta evaluada en treinta mil duros... En fin, reúne todas las ventajas... pero... ay! es tan inhumana como seductora.

EDU. La inhumanidad es cosa bien rara en las mugeres, y no creo que porque ella no te ame, sea una prueba...

CAL. Pero amigo mio, sino es solamente á mi á quien tiene abrasado! Es á todo el que la vé!

EDU. (*interesado.*) De veras?

CAL. Si; y lo peor es, que dice que no quiere amar á ninguno.

EDU. Eso es mas grave!.. Aunque, por otro lado, ya veo lo que es; esa viuda será una coqueta, que emplea su tiempo en hacer desesperar á sus adoradores. La cosa es divertida.

CAL. Cómo divertida?.. Espantosa!

EDU. (*persuadido.*) Se me ocurre una idea. Si os vengase á todos?..

CAL. Cómo?

EDU. Si... ya que la casualidad me ha conducido al teatro de vuestros infortunios, no tengo dificultad en abrazar vuestro partido, y borrar vuestra derrota por medio de una victoria.

CAL. Amigo mio, aprecio tus intenciones, pero nada conseguirás.

EDU. Quién sabe? Pues no faltaba mas que una lugareña se permitiese no amarme! A mi, que en Madrid...

CAL. No la conoces, amigo mio!

EDU. Ella me amará.

CAL. O no te amará.

EDU. Me amará, te lo aseguro!

CAL. Que no te amará, te vuelvo á decir.

EDU. Allá lo veremos!

CAL. Silencio! Ahí está.

ESCENA IV.

DON CALISTO, ENRIQUETA y DON EDUARDO. *Enriqueta y Eduardo se saludan.*

EDU. (Qué linda es!)

CAL. Aquí tiene usted á mi amigo Eduardo, un madrileño, chico muy guapo.

EDU. (*bajo, deteniéndole.*) Quieres callarte!

CAL. (*bajo.*) Es para facilitarte...

EDU. (*bajo.*) Cállate! (*alto, á Enriqueta.*) Señora, no teniendo el honor de conocer á usted...

ENR. Ya lo sé, caballero; pero siendo usted el sobrino de la señora de Alvarado, parienta mia, ese titulo basta para que sea usted bien recibido.

EDU. He venido de órden suya, señora. Tal vez mi tia llegará hoy mismo.

ENR. Tengo deseos de verla.

EDU. (Estoy impaciente por comenzar las hostilidades.)

(*bajo á don Calisto.*) Déjanos.

CAL. (*bajo.*) Amigo mio, es inútil, no lo conseguirás.

EDU. (*id.*) Espérame en el jardin.

CAL. (*id.*) Bien. (*alto, saludando á Enriqueta.*) Señora... Hasta luego, Eduardo.

ENR. (Gracias á Dios que se fué.) (*tase don Calisto.*)

ESCENA V.

ENRIQUETA, EDUARDO.

ENR. (Decididamente es encantadora. No me estraña que el pobre Calisto...)

EDU. Hágame usted el gusto de sentarse, caballero. (*Enriqueta se sienta.*)

EDU. Gracias, señora. (*se sienta; ap., despues de una pausa.*) Comencemos el sitio. (*alto.*) Hace mucho tiempo que deseaba tener el honor de conocer á usted. Mi tia me habia hecho de usted un retrato tan ventajoso, que, francamente, lo creí un poco exagerado. Su presencia de usted me obliga, sin embargo, á reconocer que el entusiasmo de mi buena tia, era plenamente justificado, y ruego á usted me perdone haber dudado un solo instante.

ENR. (*turbada.*) Caballero...

EDU. (Se turba, buen principio.) Solamente, me digo á mi mismo lo que he repetido veinte veces á mi tia. En qué consiste que esa bella Enriqueta, usted se llama Enriqueta, no es cierto?

ENR. Si señor...

EDU. Cómo es que esa bella Enriqueta vive lejos del mundo, con sus veinte años, su talento y su belleza?

ENR. Desgraciadamente, caballero, me es muy fácil responder. Soy jóven, y en mi posicion, para vivir en otra parte que en esta soledad, me seria preciso un guia, un protector, y no tengo pariente alguno que pueda hacer ese papel.

EDU. Lo que usted dice, aumenta aun la estimacion y la simpatia que mi tia me habia enseñado á tener por usted.

ENR. (*levantándose.*) (Qué dice?)

EDU. (*que ha tomado los periódicos.*) Al menos veo con placer que no ha permanecido usted estraña al movimiento de la capital. (Pongamos en evidencia mis conocimientos.) (*alto, señalando un grabado de la Ilus-*

tracion.) Oh! magnífico grabado! Solo que le falta un poco de perspectiva.

ENR. Conoce usted el dibujo?

EDU. Si señora... el dibujo, la pintura, la música, lo bastante para poder darme un nombre, si la casualidad no hubiese tenido la necia idea de alligirme con 20.000 duros de renta. (Creo que la he interesado un poco. Lo demás, será asunto de otra entrevista.) Tengo algunas órdenes que dar á mi criado, señora, y suplico á usted me permita...

ENR. Lo que usted guste...

EDU. (*observando á Enriqueta.*) (Qué deliciosa criatura! A fê mia, casi tengo remordimiento.) (*cambiando de tono.*) Bah! es una coqueta!) (*saluda, y vase.*)

ESCENA VI.

ENRIQUETA.

Esas miradas, ese language, la cita que la señora de Alvarado le ha dado en mi casa, todo eso significa sin duda algun plan. Tal vez se trate de un casamiento. Ay! ahora no diré que no. Es buen mozo, y habla con mucho talento. Una vez reunidas nuestras dos fortunas, podremos vivir en Madrid, recibir, dar bailes, fiestas.. En fin comenzaré á vivir!

ESCENA VII.

ENRIQUETA, DOLORES.

ENR. Ven acá, Dolores, tengo que darte una buena noticia.

DOL. Una buena noticia, señora?

ENR. Si, creo que he encontrado un marido.

DOL. Un marido! Y dónde, señora?

ENR. Aquí, en este salon. En una palabra, creo que don Eduardo...

DOL. Don Eduardo?.. Ah! señora, qué error!

ENR. Cómo?

DOL. El señor don Eduardo es un traidor.

ENR. (*vivamente.*) Espíciate!

DOL. Verá usted; estaba yo en el jardín detrás del cenador, cuando oigo á don Calisto que decia: gesticulando: «No, no lo conseguirá! Si ella quisiera amar á alguno, no seria sino á mi.

ENR. Necio!

DOL. De pronto llega don Eduardo y dice á don Calisto: alégrate, todos sereis vengados, y Enriqueta conocerá á su vez, los tormentos amorosos de que su coqueteria ha sabido hacer victimas á todos ustedes.»—Cómo? Ella te ama? — He terminado el sitio, amigo mio, y para acabar de apoderarme de su corazon, no tengo mas que dar otro asalto.

ENR. Eso es horrible!

DOL. Por lo demás, señora, dice que es usted bellísima.

ENR. Ah! esa es una circunstancia atenuante.

DOL. Pero dice tambien, que es lástima que sea usted tan coqueta.

ENR. Necio!

DOL. (*en la ventana.*) Ah! viene, sin duda para dar el último asalto á su corazon, como él dice.

ENR. Que venga; le espero.

DOL. Ah! señora! Tenga usted cuidado con la brecha.

ENR. No temas. (*vase Dolores por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUETA, despues EDUARDO.

ENR. Ah! señor Calavera! Dice usted que soy coqueta? Hasta ahora no lo he sido para nadie, pero paciencia!

Su fatuidad de usted merece una leccion, y voy á dársela. (*se sienta en el sofá, y se pone á bordar.*)

EDU. (*desde la puerta.*) (Ahora entremos con la parte sentimental; nos pondremos por tanto en situacion.)

ENR. (Allí está.)

EDU. (*andando dramáticamente, y dando un prolongado suspiro.*) Ay!

ENR. (*con un tono natural.*) Es usted, caballero?

EDU. Si, señora. (*suspira de nuevo.*) Ay!

ENR. Está usted malo?

EDU. (*con estrañeza.*) Yo? No señora.

ENR. (*bordando.*) Ah! me alegro. (*señalando el sofá.*) Siéntese usted ahí.

EDU. (Cómo, á su lado?)

ENR. Vamos!

EDU. Voy, señora. (*se sienta en el sofá, bastante cerca de Enriqueta*) (No lo entiendo.)

ENR. (*continuando bordando.*) Ahora, hábleme usted de cosas alegres.

EDU. (Alegres? Voy á ponerme en situacion.) (*suspira.*) Ay!

ENR. Todavía? Vamos; no piense usted mas en ello. Yo estaba tan contenta con ver llegar aqui un madrileño... crei que distraeria un poco mi soledad, y ahora salimos con que su presencia es un suspirar continuo! Pues protesto!

EDU. (*estrñado.*) Señora...

ENR. Lo estraña usted? Comprendo; usted no conoce mi carácter... Soy la franqueza misma. Cuando debo pasar algun tiempo al lado de alguna persona, me presento á ella desde luego tal como soy. De este modo hay mas franqueza por una y otra parte.

EDU. Ah! ya! (Se me figura que no la he impresionado mucho.)

ENR. Y ahora que ya me conoce usted, le suplico que deje á un lado los suspiros.

EDU. (*con temor.*) Señora...

ENR. Eso es tan fastidioso! He oido tantos!

EDU. (No sé lo que me pasa.)

ENR. Si usted supiera lo triste, lo monótona que es esta soledad! Me aburro en ella hasta un estremo indecible. No hay la menor distraccion; siempre las mismas caras, los mismos cumplidos; vamos, es por demas. A mí, que me gusta lo imprevisto, el movimiento, la luz, vivo en la sombra entre la monotonía y la inaccion! Querrá usted creer que ni aun música se puede aprender aqui?

EDU. De veras? Y á usted le gusta la música?

ENR. Oh! con locura.

EDU. (Aprovechemos la ocasion.) (*levantándose como si quisiera dirigirse al piano.*) Si usted gusta, señora, voy...

ENR. Oh! no! Usted me dispensará si soy franca; el sonido de su voz irrita mi sistema nervioso.

EDU. (*sorprendido.*) Cómo!

ENR. De veras. Hábleme usted de Madrid; ese nombre reasume para mí el ideal de la vida dichosa y brillante. Ah! si yo fuese libre, habia de tomar parte en todas esas emociones, en ese movimiento, en esos placeres!

EDU. (Qué entusiasmo!) (*se aleja un poco de Enriqueta.*)

ENR. (*continuando.*) Asistiria á todas las fiestas. El baile me gusta con delirio... y luego, el brillo de las luces, la riqueza de los trages, la música, el wals; ah! el wals! Qué embriaguez!

EDU. (*que no ha cesado de mirarla.*) (Qué ojos! Vamos, es encantadora!)

ENR. Pero aqui es imposible organizar la menor fiesta. Asi, apenas halle ocasion de bailar, aseguro á usted que

la aprovecharé... Ah! qué idea! Vá usted á servirme de pareja, caballero.

EDU. Como, señora, usted quiere...

ENR. Si señor, si señor. La polka es mi pasión.

EDU. (Polka conmigo... sin testigos... Oh! Qué chica tan alegre!)

ENR. Aguardo á usted.

EDU. Señora...

ENR. (con impaciencia.) Vamos, que estoy esperando.

EDU. (yendo á donde está Enriqueta.) Va estoy, señora. (La situación es peligrosa... no la miraremos.) (volviendo los ojos á otro lado.)

ENR. Pero qué hace usted, caballero? Es modo ese de bailar?

EDU. (cada vez mas turbado.) Es que...

ENR. Ponga usted mas cuidado... Mirame usted al tuenos.

EDU. (oleidiéndose, y con fuego.) Pues bien, si, la miraré á usted.

ENR. (fingiéndose extrañeza.) Que tiene usted?

EDU. (conteniéndose.) Nada, señora. (No sé lo que me pasa!)

ENR. Ahora podemos comenzar. Yo marcaré la cadencia, porque si usted lo hace, vamos á bailar en falso.

EDU. (Qué adorable franqueza!)

ENR. (después de algunos pasos.) Pierde usted el compás...

EDU. Señora!

ENR. Mas vivo, mas vivo!

EDU. Me va á haver dar mas vueltas que un peon.

ENR. Jesús! Dios mio! Qué calma! (pónense á polkar muy vivo.)

EDU. (Vamos, yo no puedo mas. (dejan de polkar.) Esta muger tiene la electricidad en las piernas.)

ENR. Bien mirado, no tiene usted la culpa; á su edad...

EDU. (extrañado.) A mi edad! No tengo mas que 30 años, señora.

ENR. Treinta años!... Y qué, cree usted que no es ya viejo?

EDU. Señora, permitame usted...

ENR. Al menos esa es mi opinion. Pero, dispéñeme usted si le dejo; voy á mandar que preparen el almuerzo.

EDU. Señora...

ENR. Hasta luego. Por supuesto, no necesito decir á usted que aqui está como en su casa; mi divisa es franqueza y libertad. (vase.)

ESCENA IX.

EDUARDO solo, después de un momento.

Debo haberle parecido tonto hasta la estupidez... Y yo que creía que la habia conquistado!.. Imbécil! Por mas que quiero ocultarlo, la amo... Ah! En buena posición me he colocado... Qué necia idea la mia, de hacerme el don Quijote de ese estúpido Calisto! No, y lo que es ahora, me alegro en el alma de que se burle de él... Pues no faltaba mas sino que ese idiota poseyese semejante tesoro!.. Pardiez!.. Primero que consentirlo...

ESCENA X.

DON CALISTO, EDUARDO.

CAL. Vamos, has concluido?

EDU. (Qué facha!)

CAL. Estamos vengados?

EDU. (Y un hombre tan grotesco abriga semejantes pretensiones!)

CAL. En fin, te ama?

EDU. (con mal humor.) Déjame en paz.

CAL. Estaba seguro! Si ella amase á alguno, no seria sino á mí.

EDU. (Me da lástima.)

CAL. Asi me lo ha dado á entender muchas veces.

EDU. (con ironia.) De veras?

CAL. Si, y aun si te he de hablar francamente, no desespero de que un día se decida por mí. Ya ves, á fuerza de cuidados, de atenciones... Y luego esta caheza...

EDU. (Que pudiera servir para espantar pájaros!) (alto.) No sabes que yo quiero á Enriqueta?

CAL. Que tú la quieres?

EDU. Si.

CAL. Y es asi como nos vengas?

EDU. Te prohíbo que la ames.

CAL. Pues no faltaba mas! Eso es imposible.

EDU. No hay imposible que valga. Eres muy feo!

CAL. Eduardo! (con furia creciente.)

EDU. Eres muy viejo!

CAL. Dale, bola! (picado.) Veo que te permites ciertas libertades...

EDU. Debes ser insoportable para Enriqueta.

CAL. Ten presente que me voy á encolerizar... (gritando.) y cuando yo me encolerizo...

EDU. (mirándole cara á cara, y con mucha calma.) Y bien?

CAL. (con mucha amabilidad.) Se me pasa el momento.

ESCENA XI.

ENRIQUETA, EDUARDO, DON CALISTO. Enriqueta entra seguida de un criado y de Dolores, trayendo una mesa preparada para el almuerzo. Vase el criado.

ENR. Señores, el almuerzo.

EDU. (Bien; ahora despidira políticamente á Calisto, y entonces podré explicarle...)

ENR. (á don Calisto.) Don Calisto, usted almorzará con nosotros?

CAL. Señora...

ENR. Lo exijo.

EDU. (Cómo! Insiste?)

ENR. Cuantos mas convidados, menos se fastidia una.

EDU. (Qué allagüeno es esto para mí!)

ENR. Vamos, señores, á la mesa; usted, don Eduardo, á mi derecha, y don Calisto á mi izquierda, al lado del corazon.

CAL. (Al lado de su corazon! No hay duda, yo progreso.) (á Eduardo.)

EDU. (Y yo rabio!)

DOL. (examinando la cubellera de don Calisto.) (Valgame Dios (Que crímes! Ganas me dan de cortárselas!)

ENR. (sirviendo.) Quiere usted un poco de este pastel, don Eduardo?

EDU. (friamente, y rechazando.) Gracias, señora.

ENR. (ofreciéndoselo á don Calisto.) Y usted, don Calisto?

CAL. Con mucho gusto, señora. (pónese á comer glotonamente.)

DOL. (señalando á don Calisto.) (Y decía que no comía!..)

CAL. Esta esquisito, señora, esquisito!

ENR. (que parece comer con apetito.) En efecto...

EDU. (Y come la ingrata!)

ENR. No tiene usted ganas, Don Eduardo?

EDU. (friamente.) No señora.

ENR. (ofreciéndole de otro plato.) Al menos... (y usted...)

EDU. (*rechusando.*) Gracias, señora.
 ENR. Ah! usted ha almorzado?
 EDU. No señora.
 ENR. (*comiendo.*) Entonces, se mantiene usted del aire?
 Aquí vivimos de otro modo.
 EDU. (*con intencion.*) Ya lo estoy viendo, señora.
 DOL. (*observando á don Eduardo.*) (Pobre don Eduardo! La señora tiene razon; esta vez él la quiere de veras.)
 ENR. Dolores?
 DOL. Señora?
 ENR. Vé á preparar el café.
 DOL. Voy, señora. (*vase.*)

ESCENA VII.

ENRIQUETA, EDUARDO, DON CALISTO.

ENR. Ahora, ataquemos el pollo.
 EDU. (*con despecho.*) Vamos, valor!
 ENR. Despues atacaremos las perdices.
 EDU. (*perdiendo la paciencia.*) Las perdices!
 ENR. Sin duda... pero qué tiene usted?
 EDU. (Ya no puedo mas.) (*se levanta.*) Señora...
 ENR. Caballero...
 EDU. Poseo cuarenta mil duros de renta, amo á usted como un loco, y tengo el honor de pedirla su mano.
 ENR. Cómo?
 EDU. Si señora.
 ENR. (*riendo á carcojadas.*) Ja, ja, ja, ja!
 CAL. (*imitándola.*) Ja, ja, ja, ja!
 EDU. Señora...
 ENR. (*riendo.*) Caballero... Ja, ja, ja...
 EDU. Trate usted mas seriamente...
 ENR. (*cabnándose un poco.*) Bien quisiera, caballero... pero es una ocurrencia tan chistosa...
 CAL. Ah! si, es chistosa!... (*riendo.*) ja ja ja.
 EDU. (*apretándole el brazo.*) Quieres callarte?
 CAL. (*agitando el brazo, con dolor.*) Demonio!
 ENR. Interrumpir un almuerzo para hacer una peticion de esa naturaleza!
 EDU. Eso prueba, señora, la vivacidad del sentimiento que me anima. Si yo estoy loco, culpa es de usted que me ha trastornado la cabeza.
 ENR. Y sin embargo, no creo haber hecho nada para ello.
 EDU. Qué importa? Yo no sé mas que una cosa, y es que amo á usted! Ah! se lo suplico, respondame usted seriamente.
 ENR. Caballero, la posicion en que usted me pone es bastante delicada...
 EDU. Pues bien, contésteme usted si ó no.
 ENR. Usted lo quiere?.. Pues, bien... no.
 EDU. Qué oigo!
 CAL. (*satisfecho.*) Bravo!
 EDU. (*haciéndole dar una pirueta á don Calisto.*) Quieres callarte?
 CAL. (Demonio! Qué fuerzas tiene!)
 EDU. Será posible que desconozca usted tanto amor?
 ENR. No lo dudo; pero si fuese preciso amar á cuantos nos aman, seria cuento de no acabar.
 EDU. Pero es que amo á usted con un amor escepcional!
 ENR. Tanto peor para usted.
 CAL. (*ocultándose de Eduardo.*) Bravo! Bravo! Si á nadie quiere mas que á mí!
 ENR. Desengañese usted, caballero; en el amor, como en todas las cosas de la vida, hay sus riesgos y peligros, su pro y su contra. Si no se llega á agradar, no debe uno culparse sino á sí mismo.
 EDU. Es usted cruel, señora.

ENR. (Si él supiese!..)
 EDU. Pues bien; ya que es asi, ya que mi amor no ha despertado en su corazon sino un sentimiento de profunda indiferencia, yo la olvidaré como se olvida un sueño de ventura. (*con emocion.*) A Dios, señora, el tren vá á salir, partiré por el camino de hierro.
 ENR. (*muy turbada.*) (Qué hacer?)
 EDU. (*que ha tomado su sombrero; conmovido.*) Adios, señora.
 ENR. (*turbada.*) Caballero...
 EDU. Adios para siempre. (*vase vivamente.*)
 ENR. (*agitada.*) Ay! Dios mio!
 CAL. (Pues señor, me alegro.)

ESCENA XIII.

ENRIQUETA, DON CALISTO.

ENR. (*cada vez mas agitada.*) Cómo? Se quedá usted ahí, don Calisto?
 CAL. Señora...
 ENR. (*id.*) Deja usted ir á su amigo de colegio, al sobrino de la señora de Alvaredo!
 CAL. Señora...
 ENR. Corra usted! Deténgalo!
 CAL. No lo entiendo.)
 ENR. (*con impaciencia.*) Pero vaya usted, don Calisto, vaya usted.
 CAL. Voy señora, voy corriendo. (*vase con mucha calma.*)

ESCENA XIV.

ENRIQUETA, sola.

Ah! He ido demasiado lejos! Lindamente me he negado!.. Qué hacer? Y Dolores que no viene... (*toca la campanilla.*) D. Calisto no llegará á tiempo, estoy segura... (*llama otra vez.*) Si ha llegado ya al camino de hierro, será imposible detenerlo. Oh! Esto es para volverse loca! (*llama mas fuerte.*)

ESCENA XV.

ENRIQUETA, DOLORES.

DOL. (*entra riendo.*) Ja, ja, ja.
 ENR. Qué significa...
 DOL. Jesus! Qué estúpido es ese buen señor don Calisto! Acabo de darle una idea para que se haga querer de usted... ya verá usted.
 ENR. No se trata ahora de él, sino de don Eduardo, que acaba de partir.
 DOL. Luego no la ama á usted?
 ENR. Al contrario, me adora; se ha marchado furioso, porque para darle una leccion, me he burlado de él.
 DOL. De veras?
 ENR. Si... en este momento estará ya en la estacion del camino de hierro.
 DOL. Pero tambien cuando usted ha visto que la queria de veras, por qué...
 ENR. Qué se yo... No sé lo que hacia... Pero cómo detenerle?
 DOL. Si la señora le escribiese...
 ENR. Escribirle?
 DOL. Sin duda.
 ENR. Jamas!
 DOL. Es el único medio para que vuelva.
 ENR. Bien, le escribiré. (*se prepara á escribir.*) Pero qué voy á decirle?
 DOL. Digale usted; «Caballero, yo le amo.»
 ENR. Por supuesto!

DOL. No hay tiempo que perder, señora.

ENR. (con angustia.) Pero yo no puedo... no debo escribirle eso! Es imposible!

DOL. (yendo á la ventana.) Creo que es la hora de la salida.

ENR. (turbada.) Ah! Dios mio!.. (escribiendo.) «Caballero, hagame usted el favor de volver; se lo suplico! pliega la carta, y escribe el sobre; dándosela á Dolores.» Vé, toma el camino de travesía, y así llegarás á tiempo.

DOL. Voy corriendo.

ENR. Te acompañaré por el jardín hasta el fin de la alameda.

DOL. Bien, señora.

ENR. Pero vé pronto. Qué calma! (la empuja; vanse las dos.)

ESCENA XVI.

EDUARDO solo, entra por el fondo.

No, es imposible; yo no pueda partir así, sería dejar triunfante su coquetería. Ah! No me ama! Pues bien, tomaré mi revancha. Heriré su amor propio... Ah! La mesa está puesta todavía... muy bien... No tengo hambre, pero no importa, comeré á mi vez. Cómo la haré testigo de esta escena?... Ah! ahí está. (sientase á la mesa, y pone en su plato un pedazo de pastel.)

ESCENA XVII.

EDUARDO, ENRIQUETA.

ENR. (corriendo.) Qué veo!

EDU. (come glotonamente, y hace como que no ha visto á Enriqueta.) Delicioso! Magnífico!

ENR. Usted aquí, caballero?

EDU. Ah! Señora... (hace ademán de levantarse.) Me permite usted que continúe?

ENR. Caballero...

EDU. (volviendo á sentarse.) Es que tengo un hambre devoradora. Desde ayer noche no he probado bocado...

ENR. Pues hace poco...

EDU. Ah! sí! Andaba con melindres... era para hacerme interesante.

ENR. (Qué dice?)

EDU. (continuando comiendo con apetito.) Decididamente, está esquisito... No hay nada que iguale á estas trufas del Perigord.

ENR. (con impaciencia.) Y quién habla á usted de trufas?

EDU. (redoblando su glotonería.) Perdone usted, creía...

ENR. (rídicamente.) Me explicará usted...

EDU. Ah! sí, este cambio?... Es justo. Señora desde esta mañana no he representado al lado de usted sino una comedia.

ENR. (Será posible!)

EDU. No he pensado ni una palabra de todo lo que he dicho á usted.

ENR. (confundida.) (Dios mio!)

EDU. (levantándose.) Ataquemos el pollo.

ENR. Caballero!

EDU. Después atacaremos las perdices.

ENR. (impaciente.) Quiere usted dejar las perdices?

EDU. Permitame usted, señora; yo soy como usted, no me mantengo del aire.

ENR. Me parece que tengo derecho á una explicación.

EDU. (continuando comiendo.) Voy á concluir de dársele á usted, señora. Habiéndome hecho Calisto esta mañana un cuadro improvisado de los rigores de us-

ted, se me ha ocurrido la idea original de hacerme amar por usted, para abrumarla después con mi indiferencia, y vengar de un solo golpe, todas sus víctimas.

ENR. (Oh!)

EDU. Pero he contado demasiado con mis medios de ataque, y el corazón de usted ha salido victorioso de la prueba que le he hecho sufrir.

ENR. Así pues, caballero, usted no me ama?

EDU. Qué, no señora! Nada de eso!

ENR. Esa conducta es inoñble, caballero!

EDU. (A su vez está herida en su amor propio.)

ENR. Ha hecho usted un papel poco digno de un hombre honrado!

EDU. Qué imparta, pues no lo he podido conseguir?

ENR. (Estoy indignada!)

EDU. Por lo demás, ya que usted ha sido franca conmigo, justo es que yo á mi vez la pague con igual franqueza.

ENR. (con despecho.) Veamos, hable usted.

EDU. Ay señora! Qué dicha que sea usted morena!

ENR. Por qué?

EDU. Porque á mi no me gustan sino las rubias.

ENR. (inspirada.) Oh!

EDU. Usted tiene los ojos negros, y yo no admiro sino los azules. (Cómo mento!)

ENR. (con ironía.) De veras?

EDU. Y aunque el color de sus ojos no fuese enteramente opuesto al que yo prefiero, había aun una cosa que me hubiese impedido amarla.

ENR. Cual?

EDU. Usted polka muy mal, señora.

ENR. Por supuesto!

EDU. Si, usted dá vueltas como un verdadero torbellino, sin hacer caso del compás ni de la música.

ENR. (furiosa.) Oh! esto es demasiado! (alto.) Caballero, yo polko muy bien!

EDU. Yo digo á usted que no.

ENR. (encolerizándose.) Y yo le repito que sí!

EDU. Permitame usted...

ENR. Caballero!

EDU. Señora!..

ENR. Es usted insoportable!

ESCENA XVIII.

ENRIQUETA, DON EDUARDO, DOLORES.

DOL. Están riñendo, yo los pondré en paz. (sacando una carta del bolsillo.) Señor don Eduardo...

ENR. (queriendo tomar la carta.) Dame esa carta.

DOL. (á Eduardo.) Lea usted. (se la da á Eduardo.)

ENR. Esto es demasiado! (á Dolores.) Vete de mi casa!

EDU. Qué he leído!

ENR. Caballero, no crea usted...

EDU. (transportado.) Me ama!

DOL. Sí señor, es la verdad!

EDU. Ah! Soy el mas venturoso de los hombres!

ENR. (Qué dice!)

EDU. Ay señora! Yo adoro las morenas, detesto los ojos azules, y preferiría bailar con usted, mejor que con Terpsicore.

DOL. (Cuando yo decía que los pondría en paz!)

EDU. El despecho de no ser amado de usted, ha sido la única causa de todas mis necesidades.

DOL. Ya, el señor ha querido dar una lección á la señora, como la señora ha querido dársela al señor.

EDU. Hé?

DOL. Pero también, ¿por qué ha querido usted tomar la defensa de don Calisto?

EDU. Cómo? Tu sabías..

DOL. Estaba detrás del cenador.

ENR. Y ella me contó todos sus proyectos.

EDU. Ahora lo comprendo todo. (*cambiando de tono.*)

Señora, poseo 20.000 duros de renta; amo á usted como un loco, y tengo el honor de pedir su mano.

ENR. Caballero... debería rehusar...

EDU. Pero usted acepta? Ah! Cómo agradecerle...

ENR. Silencio! Ahí viene don Calisto.

ESCENA XIX.

Dichos y DON CALISTO. Don Calisto trae la cabeza casi ofeitada.

EDUARDO, ENRIQUETA y DOLORES. (*riendo, al ver á don Calisto.*) Ja, ja, ja.

CAL. (*extrañado.*) Calla! De qué se rien?

DOL. (*á don Eduardo y Enriqueta.*) (Es una idea que yo le di para que se hiciese amar de la señora.)

CAL. (*que viene de guante blanco, gravemente.*) Señora, en este momento acabo de pelarme, amo á usted como un imbécil, y tengo el honor de pedirla su mano.

DOL. Don Calisto, llega usted tarde. (*don Calisto saca el reloj.*) Mi señora acaba de prometerla al señor don Eduardo.

CAL. A Eduardo?

EDU. Si, amigo mio.

ENR. Si, don Calisto.

CAL. (*aparte.*) Pues señor, no lo entiendo.

EDU. Dentro de un mes, estaremos casados.

CAL. (Decididamente, esta criada es estúpida. Ahora siento mis greñas!)

DOL. Vamos, señora, ¿quiere usted que me vaya?

ENR. Oh! no; vivirás con nosotros, y participarás de nuestra comun felicidad!

FIN.

MADRID, 4857.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, 13, bajo.

